



MONTERREY, N.L. DOMINGO 10 DE AGOSTO DE 2014

Carlos Alejandro / Olga de León

# Dos aberraciones de calle

“El Insulto y sus calzones”

- Son dos almas que debieran estar juntas”, dijo el Roger dando un trago a su whiskey, y concluyó: “Tarantino es un romántico”.

De las bocinas podía escucharse la canción “Girl, you’ll be a woman soon”, no en la versión de Neil Diamond, sino en la de Urge Overkill, producida para la película “Pulp Fiction”. Yo me acerqué al congelador y destapé otra cerveza. Nuestro celebrado escritor y amigo había leído un cuento ante ochenta o noventa asistentes, esa mañana, durante la presentación de su último libro en la Feria Internacional del Palacio de Minería.

“Amiga mía, un día lo dijiste, quizás en broma, que te casarías conmigo para que yo obtuviera la nacionalidad americana. Hoy me atrevo a aceptarlo. Es que a mí no me gusta verte sufrir. Ven acá, regresa conmigo...”

- ¿Cuáles son las veinticinco canciones más escuchadas en tu i-pod?

- Eso no lo puedo decir, carnal, menos en público –respondió el Roger durante la conferencia, ya en la sesión de preguntas y respuestas.

“Ese Animal es inhumano, un asco: puerco en playera gris sin mangas, gracias a lo cual, hasta acá podemos distinguir el olor a sudado de su sobaco. Un fracasado que sueña con hacer de ti, un negocio. Lo que significaría, para él, una presunción. Un hombre que califica y degrada a toda la gente como tú, personas con las que hubiera querido crecer, seres tan distintos a esos con los que él realmente convive, a quienes llama “idiotas intransigentes”.

Uno más levantó los dos brazos y esperó a que un edecán le trajera el micrófono. Entonces se puso de pie y lanzó su pregunta: “¿Tus narraciones son autobiográficas?”. Roger dejó escapar una carcajada. El público rio y los periodistas prefirieron sentarse, renunciando al derecho a realizar otro cuestionamiento hasta no escuchar respuesta para ese.

“Yo deseo que regrese con los suyos. Cuando lo encuentro al paso, cosa que ocurre cada vez que salgo de mi habitación, me es evidente que se trata de un ser que en sí mismo, es un insulto, EL INSULTO: adueñado de tu departamento. Amiga, entiendo tu enojo porque descubres sus calzones remojados sobre las llaves de la regadera, a sus cuarenta y ocho años. Como tú dices, es un animal agravioso que se extasia en su propio olor fétido, un aroma más podrido que él mismo, como si el individuo se alimentara de otros seres descompuestos, los que a su vez se sustentan de materia apestosa...”

Roger miró al resto de los participantes sentados en el podio y dijo: “No sé en qué se inspiren las historias de mis colegas, pero yo encuentro muchos eventos narrables entre los que viven mis amigos”, y volvió a regocijarse en su asiento, “pero sí les juro que esta historia no está basada en la experiencia de nadie aquí presente”.

“Abandona su comida durante varios días en los sartenes que deja sobre la estufa, hasta que las cucarachas pasan por encima de los guisos. A él no le importa, se los traga. Querida Amiga, ya lo sé, ocupa la cocina cuando tú quieres comer, ocupa el baño cuando tú lo necesitas; y el tipo ya no paga un centavo, no contribuye con la renta. “Dios mío”, te preguntas, “¿cómo saco a este Zángano de aquí?, sin que me haga daño.”

Bebiendo mi cerveza junto al congelador, alcancé a distinguir un haz de luz reflejándose mágicamente sobre el monitor de la computadora de Roger; entré a la sala y me acerqué poco a poco hasta distinguir que provenía del sol al



atardecer. Luego, sobre la pantalla de su laptop, encontré una fotografía, Roger y Tiffany. Ahí estaban, bailando rocanrol, como Mía y Vincent en la película de Tarantino. “Sí, el Animal en realidad existió”, me dijo el Roger hablándome por la espalda casi al oído, en voz baja mientras me tocaba el hombro. “Otro día te contaré sobre cómo nos deshicimos de él”, y levantó su vaso de “high ball” en señal de brindis.

“Como anillo al dedo”

- ¿A dónde vais, amiga?, -pregunta la hormiguita mantequera a la hormiga colorada. - A la Plaza, hermana. Hoy me toca disertar sobre la amistad, y no estoy segura de haber reflexionado lo suficiente sobre este tópico como para hablar de alguna teoría, o pensamiento más o menos profundo, que detente un acercamiento a la filosofía sobre qué es y, no, la amistad.

- ¡...eso te preocupa, amiga! Pero, si es de lo más sencillo, piensa, por ejemplo en nuestra relación: ¿Cuántos años tenemos de ser amigas? ¿Qué cosas son las que nos han mantenido unidas...? - Pues sí, tienes razón, eso puede ser un buen comienzo, o un argumento de ejemplificación en el cuerpo de mi discurso; gracias hermana. Pero, no es suficiente, necesito pensar un rato y esbozar algunas ideas más sobre lo que ya tengo planeado hablar.

Dicho lo anterior, las hormigas se separaron, cada cual tomó un rumbo distinto. Una se fue canturreando, feliz porque suponía haber contribuido con un granito de arena a que el trabajo de pensar y discurrir de su amiga -de la idea a la palabra- encontrara una oportunidad para aliviar la tarea acerca de qué habar;

además de que pensó que con eso se solidaba aún más su amistad.

¡Buena!, eso creyó la hormiga mantequera. Sucede que en realidad a la hormiga trabajadora, le quedó en el tintero un trabajo más para pensar: recapitular sobre los años de amistad con la hormiga amarilla, así que empezó a darle orden a sus ideas y en silencio se fue por su lado, cavilando, preguntándose:

- ¿Quién es más amiga de quién, si es que la amistad tiene grados, ¿o no?; ¿desde cuándo somos amigas, con qué frecuencia nos vemos y qué hacemos o nos decimos en esas ocasiones? ¿En qué me ha ayudado ella?: hoy, por ejemplo: ¿quiso realmente ayudarme. o solo subrayar que es mi amiga? Y yo, ¿en qué la he socorrido?, ¿realmente me di la oportunidad de ayudarla, cuando supe que estaba en dificultades?

La hormiguita no llegó a la plaza o Ágora, se regresó por donde venía, y con la mirada triste y vidriosa desanduvo lo ya caminado. Dicen quienes la vieron ese día, que iba musitando: “-no existe la amistad, no existe; es solo un espejismo”. -“A qué acudir a la Plaza, si nada bueno tengo que decir; -otro día lo intentaré de nuevo, por hoy, mejor será que guarde silencio.

- Sí, definitivamente: yo he sido su amiga, la he apoyado, le brindé lo mejor de mí: confianza y lealtad... pero, ¿y ella? -No, pues definitivamente su mayor ayuda es la que me acaba de brindar: ponerme a pensar en cómo ha sido la amistad entre ambas: ¡muy dispareja!, se aprovechó de mí y traicionó mi confianza.

Así que la hormiguita arriera y trabajadora cual la más profesional de las hormiguitas danzarinas, recordó el pasa-

do, recordó el tiempo en que ella le fue útil y muy eficiente y productiva a la amiga presumida y manipuladora.

“Por fin se dignó contestar al llamado a la puerta”. “Salió. Ante las dos últimas tocadas con los nudillos al portón de madera”, no le quedó de otra. Apareció una Katrina mal encarada, y preguntó: “-Quién es usted, por qué toca tanto -tres fueron los golpes cortos y espaciados-, -qué se le ofrece”.

-El hombre, sobrecogido de timidez ante el enfrentamiento de la que allí indebidamente vivía a costa de la amiga que ahora la visitaba y a quien él amaba, ocultó su inseguridad tras la determinación de ayudar a resolver la situación. Y, solo acató a decir: -vengo de la Asociación de Colonos de... Enseguida asomó la cabeza la joven a quien él acompañaba, y ésta, sorprendida por el tono en la voz de la que se decía su amiga, la saludó: -“¡Hola!, amiga, soy yo, por qué esa reacción, aquí estoy, he venido hasta acá porque no has contestado a mis mensajes ni has tomado ninguna de mis llamadas, ¿qué sucede, ya no somos amigas? La sinvergüenza aventó la puerta.

En efecto, ya no eran amigas, mejor dicho, solo una creía serlo, la otra aprovechó las circunstancias. La sinvergüenza aventó el portón de la calle y empezó a gritar, váyanse o llamaré a la policía.

¡Qué desfachatez!: la ladrona azuzando con la fuerza policiaca. “Nadie es dueño de lo que no le pertenece, pero menos que cualquiera, quien deviene en la ambición de poseerlo sin razón ni justicia. Si a la falta de vergüenza hubiera que bautizarla, “Katrina sería perfecto”. ¡Las aberraciones están de calle!



Leo Fender

A 104 años de su nacimiento, el legado del norteamericano Leo Fender sigue influyendo en el desarrollo de la música contemporánea, pues fue el inventor de la primera guitarra eléctrica de cuerpo sólido y del primer bajo eléctrico.

Sus instrumentos fueron fundamentales en el sonido de que hizo famosos a Jimi Hendrix, Eric Clapton, The Rolling Stones, Buddy Holly, The Shadows, Stevie Ray Vaughan, entre muchos otros virtuosos del rock y de otros géneros musicales actuales.

Clarence Leo Fender, nació el 10 de agosto 1909 en Anaheim, California, inicialmente se dedicaba a reparar aparatos eléctricos entre ellos algunas de las primeras guitarras eléctricas, según describe su perfil en la página del Salón de la Fama del Rock and Roll ([www.rockhall.com](http://www.rockhall.com)).

En el taller comenzó a experimentar con las “pastillas” o “pickups” que son los dispositivos que en las guitarras se encargan de captar el sonido de las cuerdas para convertirlo en señales eléctricas; así para 1948 había inventado el “Fender Transmisor”.

En 1950 dicho dispositivo fue rebautizado y utilizado en la popular “Telecaster” la primera guitarra eléctrica de cuerpo sólido y plano, sin caja de resonancia y con el mástil o brazo reemplazable; todas las guitarras eléctricas fabricadas hasta entonces, estaban hechas con una sola pieza de madera.

Pero en 1951 Leo Fender inventó otro instrumento fundamental para la música popular contemporánea: el bajo eléctrico, que salió al mercado ese mismo año con el nombre de “Fender Precision Bass”.

Tres años más tarde, en 1954, Fender presentó su más famosa guitarra, considerada un icónico en la historia de la música: la “Stratocaster”.

ad pēdem  
literae

“La inspiración existe, pero tiene que encontrarte trabajando.”

Pablo Picasso

letras de  
buen humor

“Los niños son como las estrellas. Nunca hay demasiados.”

Madre Teresa de Calcuta

## En interiores...

La vida de las sardinas

Guillermo Fadanelli

Página 2

Mario Mendoza

Elmer Mendoza

Página 3

La Voz del Papa

P. José H. Gómez

Página 4